

Pocos narradores actuales van tan a su aire y mantienen con semejante tenacidad su fe en que la literatura es un intrínseco acto de creación como Eduardo Iglesias (San Sebastián, 1952). Ello le granjea un estatus de autor extraterritorial y le aleja del reconocimiento público mayoritario. Como asume que ha de pagar tal precio, con *El vuelo de los charcos* persevera en ese proyecto esencial. Uno de los narradores de este libro inclasificable afirma que el arte no tiene un objetivo claramente definido, en contraste con el futbolista que mete un gol extraordinario, lo cual no debe calificarse de arte porque el jugador cumple un fin. Otro de los polimórficos narradores asegura que el oficio de escribir debe ser un acto aventurero que sorprenda al autor por lo nuevo que va surgiendo a lo largo de su trabajo, que saber de antemano cuál será el argumento de la obra va en detrimento de la calidad literaria y que el escritor ha de aguardar el momento feliz en que se da el milagro de la creación.

Varias veces más se hacen afirmaciones semejantes que conforman un pequeño tratado de teoría literaria. A tenor de di-

El vuelo de los charcos

EDUARDO IGLESIAS

Trama. Madrid, 2018. 241 páginas. 20 €

chos supuestos, resulta poco menos que imposible dar una sumaria información acerca del contenido de la (presunta) novela. A lo sumo, se puede concretar su trama anecdótica diciendo que se organiza alrededor de tres enigmáticos personajes que deambulan por una represiva Ciudad Amurallada: el teniente Samuel Negro, el "gran" inspector J. Solo y la líder guerrillera Lara Márquez. Estos personajes y el mismo escenario hostil ya aparecen en una novela anterior de Iglesias, *Cuando se vacían las playas*, que reforma aquí, en el nuevo libro. Otra señal relevante: la anécdota medular se emplaza en 2036, pero ciertos datos (la mención de Contador con la *maglia* rosa en el Giro de 2105, entre otros) meten una cuña realista en la ficción.

Esta libérrima ideación genera un texto invertebrado que



ARCHIVO DEL AUTOR

alberga un llamativo despliegue de formas y motivos. Encontramos autobiografía, juego vanguardista, relato de intriga, viajes, microrrelatos y alguna excelente novela breve interpolada. Se nos habla de la identidad, del desamparo, del amor, del impulso sexual, de la soledad, de la vuelta a la naturaleza, de la libertad o de la rebeldía frente a la represión. Disparos hilos enhebran el extenso vistazo al pequeño mundo del hombre, como observaciones veristas, ilu-

minaciones surreales, vislumbres poéticos, reflexiones estéticas, paradojas y aventuras.

Los dispersos materiales se someten a la exigencia de la calidad de página, expresiva y sin barroquismos; a una escritura que elige las palabras exactas y las enlaza en oraciones armónicas, que se organizan, a su vez, en párrafos de calculada medida para que representen no tanto una realidad externa como el ritmo mental o emocional del omni-

presente autor. El resultado es un hermoso ejercicio de literatura que crea un producto artístico singular y de lectura exigente. El brillante y versátil discurso narrativo de Eduardo Iglesias, muy alusivo, algo visionario y un punto hermético, no resulta, sin embargo, un ejercicio verbal e imaginativo gratuito porque reconocemos los misterios, ambiciones, alegrías, temores, fracasos de nuestro mundo en el suyo ficticio y autónomo. **SANTOS SANZ VILLANUEVA**

A partir de un drama real, los nueve años que el poeta, dramaturgo, novelista y actor Antonin Artaud (Marsella, 1896-París, 1948) pasó ingresado en diversos manicomios franceses, la argentina Verónica Nieto (Córdoba, 1978) escribió

una de las novelas más demoledoramente poéticas de la última década. Galardonada en 2010 con el premio Villa del Libro de la Diputación de Valladolid, Trampa Ediciones recupera ahora esta fascinante novela sobre los límites de la locura y la be-

La camarera de Artaud

VERÓNICA NIETO

Trampa Ed. Barcelona, 2018
155 páginas. 16,99 €

lleza a través de los recuerdos de Amélie Lévy, una casi adolescente de origen judío, ingresada en el sanatorio de Rodez que acabará siendo la camarera personal de Artaud, amigo y protegido del director del manicomio.

Para atenderle mejor, la joven Amélie busca los libros del ilustre enfermo, y en sus escritos surrealistas se descubre a sí misma. No es que sienta o piense como una surrealista. "Es" surrealista, ve lo que nadie más puede contemplar. Lo es cuando lee la

Biblia y presencia cómo las palabras se rebelan y huyen despavoridas de las páginas sin que pueda devolverlas a su lugar. O cuando encuentra en *El pesa-nervios* de Artaud su retrato más fiel: "Es tan duro no existir más, no ser más en alguna cosa. El verdadero dolor es sentir, dentro de sí, que el pensamiento se desplaza [...] Estoy [...] con todos los apetitos en mí y la titilación insistente del ser".

Así, titilando entre sinsentidos y certezas, crecerá su amistad hasta el inesperado final, mientras el lector disfruta un relato de poética intensidad e inquietante belleza. **ELENA COSTA**